

Desmitologizando el método científico

(más notas para la movilidad virtual de las profesoras B. Ramalho y P. Sanvicén)

Francesc J. Hernández (Universitat de València)

Don Latino: ¡Querido Max, no te pongas estupendo!

(Valle-Inclán, *Luces de bohemia*)

S. Quentin Quale (Groucho Marx) (al llegar a la estación de ferrocarril, seguido de unos mozos que acarrean su equipaje): ¿Alguno de ustedes, mozos, tiene cambio de diez centavos?

El mozo: No.

S. Quentin Quale: Bueno, quédense con el equipaje.

(*Los hermanos Marx en el Oeste*)

La palabra método procede del griego *méthodos*, que significaba el camino a seguir. Algún epistemólogo defendió que no hay método científico (como, por ejemplo, Paul Feyerabend, un filósofo de la ciencia del que se cuenta que al terminar la clase salía por la ventana antes de subirse raudo a su motocicleta y con el que coincido en la importancia de ver más películas para favorecer el pensamiento científico¹), pero proliferan los cursos y los manuales de metodología.

En mi opinión, no hay que entender este *camino* como inalterables vías de ferrocarril, sino más bien, parafraseando el *Tractatus* de L. Wittgenstein², como una escalera, que podemos arrojar *después* de haber subido por ella. Es decir,

¹ «Hagamos más cine», artículo compilado en AAVV, *La lechuza de Minerva. ¿Qué es filosofía?*. Madrid: Cátedra, 1979.

² Proposición 6.54.

levantar algo y negarlo (lo que en alemán se puede decir con un único verbo: *aufheben*), o si se quiere: superarlo. Veamos algunos ejemplos.

Sin duda uno de los textos metodológicos más populares en ciencias sociales es el librito *Las reglas del método sociológico*, publicado en 1895 por Émile Durkheim, uno de los padres de la sociología. Supongo que no hay estudiante de esta disciplina que no haya tenido que leerlo durante sus estudios. Tres años después de publicarlo, Durkheim fundó una revista científica, *L'Année Sociologique* (El año sociológico), donde llegó a firmar reseñas de sus propios libros, una práctica que hoy nos parecería sumamente inadecuada. En 1912 publicó el voluminoso libro *Las formas elementales de la vida religiosa*, que podría considerarse su obra más madura. Pues bien, ¿siguió las reglas que había establecido casi veinte años atrás? Naturalmente que no.

De manera casi simultánea, otro de los padres de la sociología, Max Weber, escribía también de sociología de la religión. Pero, frente a lo que recomendarían los manuales metodológicos actuales, no hizo ninguna encuesta, ni ninguna entrevista, ni ningún grupo de discusión. Utilizó los textos de Calvino y otros reformadores del Renacimiento. Si ustedes hojean sus obras se encontrarán con los temas más variados, como la distribución de la tierra en la antigua Roma o el funcionariado de la China imperial, ninguno de los asuntos que hoy ocuparían una investigación sociológica. Pero vayamos con el más célebre de los investigadores sociales, Karl Marx.

Aunque Marx cita abundantemente los informes de las comisiones parlamentarias sobre la situación de la clase obrera inglesa (los llamados *Blue Books*) y otros documentos de ese estilo, es suficiente con leer los ejemplos *arbitrarios* de *El capital* (del tipo: «Partimos del supuesto [*sic*] de que la levita vale el doble que 10 varas de lienzo...»³) para advertir que su objetivo no era tanto exponer un análisis empírico, cuanto establecer un modelo sociológico. Marx mismo lo afirma explícitamente en el manuscrito preparatorio de *El capital* de 1861-1863. Tratando de las crisis económicas, escribe:

³ Karl MARX y Friedrich ENGELS: *Werke* [MEW], XXIII (Berlín, Dietz Verlag XXIII, 1962) p. 58.

Aquí solamente tenemos que considerar las formas que atraviesa el capital en sus distintos desarrollos progresivos. Por tanto, no desarrollaremos las relaciones reales [*sic*], dentro de las cuales sucede el proceso real de producción [*sic*]. Supondremos siempre que la mercancía se vende por su valor. No consideraremos la competencia de los capitales; así como tampoco la banca, ni tampoco la constitución real de la sociedad [*sic*], que no consiste solamente en las clases de los trabajadores y los capitalistas industriales [...]»⁴

De hecho, solo en fecha muy tardía (1880, murió en 1883), publicó Marx un brevísimo cuestionario para analizar «*la situation de la classe ouvriere française*»⁵. Y que sepamos, no se llegó a realizar ni, lógicamente, se tabularon sus resultados.

A veces, vamos confiados *sobre los hombros de los gigantes*, citando un dicho y un libro del sociólogo Robert K. Merton, pero haríamos bien en observar a estos gigantes más de cerca.

El citado Marx solo en dos ocasiones consiguió que un editor financiara la edición de la que consideraba su obra. En 1859, por primera vez, Franz Duncker de Berlín, publicó el primer *fascículo* de su *Crítica de la economía política*. ¿Publicó el segundo? No. Tal vez la edición no resultara exitosa, pero lo bien cierto es que Marx dejó de lado su proyecto y se concentró en publicar en Londres un libro en alemán, muy polémico, contra un científico natural, Carl Vogt, que había acusado a Marx de ser un agente policial. Para refutar la acusación y, sobre todo, atacar a su adversario acusándolo de bonapartista, el autor de *El capital* dio a la imprenta su obra titulada precisamente *Herr Vogt* de casi 200 páginas (¡en alemán; la traducción que se publicó en México tiene 493!). Con todo, no fue la obra más infausta de Marx. Hacia la primavera de 1852, animado por un agente secreto al que denominaban «coronel Bangya», escribió ingenuamente un retrato de diversos agitadores políticos que se habían exiliado de Alemania. Es el libro *Los grandes hombres del exilio*, sin duda una impagable aportación a la policía secreta alemana.

Otro de los *padres* de la sociología con un amplio abanico de investigaciones es George Simmel. Una vez me aconsejó un catedrático: «Si tiene que hacer algún estudio, consulte primero en Simmel, porque escribió de todo». Efectivamente,

⁴ Manuscrito, cuaderno XIII, p. 704 (ed. NMEGA).

⁵ Apareció en francés. Cf. K. MARX: «Enquete ouvriere», *Revue Socialiste*, núm. 4, 20 de abril de 1880, MEW, XIX, 1962, pp. 230-237.

tanto de moda como de la amistad o de pintura flamenca. Creo que para entender lo que consideraba como investigación se puede recurrir a una anécdota. Simmel vivió los avatares de la I Guerra Mundial e incluso tuvo que dar clase en algún invernadero, por los efectos de las bombas. En aquella época, según contaba Ernst Bloch, que fue discípulo suyo (como Kracauer, del que hablaremos más adelante), y que, como él, tuvo una carrera universitaria muy desafortunada, un día a la semana invitaba a su casa a los estudiantes avanzados y les preparaba personalmente una sopa, cada vez con unos ingredientes⁶. Entonces les proponía que buscaran nombre para esa sopa, lo que constituía la conversación en torno a la mesa. De esto se trata en definitiva en la investigación: de poner nombre a algo que se nos presenta entremezclado. Y si seguimos con la metáfora: quien siga una receta de cocina no sabe *cocinar*.

¿Pero qué diremos de otros *gigantes* de la ciencia como Isaac Newton o Charles Darwin? ¿Siguieron métodos? El primero sentó las bases de la física y la cosmología moderna, sí, pero también se dedicó con fruición a la alquimia y a los saberes esotéricos. Pasó media vida buscando la piedra filosofal. Por cierto que sus papeles alquímicos fueron comprados por John Maynard Keynes.

Darwin, después de formular su teoría científica sobre el origen de las especies, que tanta polémica suscitó, se puso a estudiar *El poder de movimiento en las plantas*, para indagar por qué algunas se desplazan hacia el sol (fototropismo), trepan o forman zarzillos, a lo que siguió un libro con el expresivo título: *La formación de la tierra vegetal por la acción de los gusanos de tierra*, que vio la luz un año antes de morir. Cuando compren *mantillo* para sus macetas, acuérdense de Darwin.

En muchos manuales se habla de la función de los experimentos en el denominado método hipotético-deductivo, pero en pocos se hace referencia a la virtualidad de los experimentos fracasados. Sin duda resulta memorable el caso de A. A. Michelson y E. W. Morley. En 1887, diseñaron un experimento para comprobar que dos haces de luz perpendiculares, reflejados por dos espejos situados a 11 metros de un interferómetro, producían un desplazamiento de 0,4 franjas del espectro de

⁶ Cf. <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/2794245.pdf>

la luz blanca, por el efecto del arrastre del «éter atmosférico»⁷. Con ello quedaría comprobada la existencia de esta peculiar sustancia que llenaría el cosmos permitiendo que nos llegara la luz estelar. Para su sorpresa, el valor observado fue menor a 0,01 franjas. Ello permitió descartar la teoría del éter (y de su desplazamiento) y avanzar hacia la formulación de la teoría de la relatividad.

Un caso tal vez más sorprendente es el descubrimiento en 1965 de la denominada radiación cósmica de fondo de microondas, que realizaron Penzias y Wilson, cuando pretendían hacer otra cosa: un nuevo tipo de antena para los laboratorios Bell. Si hoy disponemos de un mapa del universo es precisamente porque advirtieron que, por mucho que lo intentaban, no podían mejorar aquella antena y que siempre aparecía una especie de interferencia (la radiación de fondo).

En las denominadas ciencias sociales y humanas, generalmente no se realizan experimentos sino que se observan experiencias. Pero tampoco podemos ponernos estupendos exigiendo grandes muestras. Jean Piaget formuló su teoría de los estadios del desarrollo cognitivo (aquello de las etapas sensorio-motriz, preoperacional, operacional concreta y operacional formal) observando a sus propios hijos, en particular a su hija Jacqueline. Michel Foucault, una auténtica «rata de biblioteca», dedicó un estudio a un único texto, la breve declaración de inculpación del parricida Pierre Rivière, que en 1835 degolló a su madre, a su hermana y a su hermano. Este es uno de los pocos casos en los que ya *se hizo la película del libro*. La filmó el director René Allio en 1976 con el mismo título que el libro de Foucault: *Yo, Pierre Rivière...*

Otro caso singular de *muestra* que no sería aceptada por los manuales al uso es la investigación sobre fotografía que la empresa Kodak encargó a Pierre Bourdieu y su equipo, y cuyo informe, en forma de libro, apareció con el título *Un art moyen* (1965), donde se juega con la ambigüedad de la palabra *medio*, que se refiere tanto al hecho de que la fotografía no se considera una de las Bellas Artes, como a su difusión entonces por la clase media. ¿Cómo hizo Bourdieu su investigación sobre *los usos sociales de la fotografía*? Simplemente, pidiéndole su caja de fotografías a

⁷ Para que se compruebe que muchas décadas después de este descubrimiento *todavía no había sido incorporado a la enseñanza*, aún recuerdo un chiste de mi infancia. El profesor: A ver, dígame cuáles son los tres tipos de éter. El estudiante: el éter sulfúrico, el éter atmosférico y el éter...minado.

su vecino. Bourdieu realmente fue muy aficionado a la fotografía (hay no menos de tres libros en castellano sobre las imágenes que tomó en Argelia), pero para estudiar cómo fotografía la gente era suficiente con una única caja, porque, por ejemplo, todos los turistas que visitan París se retratan con la Torre Eiffel o con la iglesia de Montmatre. Si alguien quisiera hacer un estudio sobre los *selfies*, sobre los/las *influencers*, sobre los *bots*, sobre los *memes* o cualquier otra cosa reciente de ese estilo podría, por las mismas razones, utilizar una muestra muy reducida. Tal vez incluso menor que las fotos del vecino de Bourdieu.

Me gustaría comentar algún caso más. Walter Benjamin y Siegfried Kracauer (muy influido este por Simmel) se pusieron a redactar independientemente sendas obras magníficas, en las que, por así decir, pretendían explicar el siglo XIX a partir de un estudio sobre la que para ambos fue su capital: *París*. Kracauer lo enfocó como un estudio de corte biográfico sobre J. Offenbach y sus operetas, a pesar de que no tenía conocimientos musicales (como le criticó T. W. Adorno). Benjamin no pudo concluir su obra, el llamado *Libro de los pasajes*, que pretendía ilustrar el mismo objeto a partir de las galerías (los pasajes comerciales acristalados) de la capital francesa. Así contemplados, ambos estudios podrían parecer investigaciones bastante poco vinculadas con un método científico. Benjamin se suicidó y Kracauer se exilió en Estados Unidos, donde trabajó como investigador. Hizo magníficos libros sobre el cine (también con procedimientos poco habituales) y colaboró en alguna investigación que seguía las pautas metodológicas canónicas, como una serie de entrevistas a disidentes para indagar la mentalidad comunista, un proyecto que afortunadamente permanece en el cajón del olvido. Lo mismo podríamos deducir de las exhaustivas mediciones del doctor Vallejo Nájera para desentrañar la patología peculiar de los republicanos españoles, que habían perdido la Guerra Civil.

Como origen de los procedimientos cualitativos, se suele indicar el conjunto de entrevistas sobre el prejuicio, que realizaron Adorno y otros, dentro de los estudios sobre la personalidad autoritaria, que era una manera sutil de decir que lo que realmente estaban estudiando a principio de los años 40 era las tendencias fascistas de la clase obrera norteamericana. Adorno incluso llegó a confeccionar la que denominó «Escala F» (por la inicial de *fascismo*). Casi tres décadas después, en

las lecciones de sociología que dictó en la Universidad de Fráncfort, declaraba su arrepentimiento por aquella escala⁸. Adorno, gran musicólogo también, podría haber dicho que investigar es como componer música: no se pueden seguir recetas.

En el ámbito de la antropología también se podrían citar muchos ejemplos. Puede leerse el diario privado de B. Malinowski y compararlo con su producción científica; o el hecho de que parece ser que era la mujer de J. Pitt-Rivers la que realmente le informaba de lo que pasaba en la comunidad que estudió etnográficamente en Andalucía y que dio origen a su monografía clásica *El pueblo de la sierra* (1954). No hay que olvidar, el viejo chiste antropológico. Llega el antropólogo a una comunidad y saluda a una anciana sentada bajo un árbol, que le dice: Si usted es estructuralista, por allí tenemos el tótem, y si es materialista, por allá tenemos los cerdos.⁹

Para concluir, podemos volver a la referencia al cine de Feyerabend. Con el método pasa como con las películas. En un debate que se realizó a finales de los años 60, el cineasta francés Georges Franju dijo:

–Cada película debe tener un principio, una parte central y un final.

–Ciertamente –intervino el director Jean Luc Godard–. Pero no necesariamente en ese orden.¹⁰

Mayo 2020

⁸ Cf. su Introducción a la sociología de 1969.

⁹ El chiste se entiende mejor si se piensa respectivamente en los libros de C. Lévy-Strauss y Marvin Harris.

¹⁰ Bruno Solo: *Petites et grandes histoires du cinéma*, París: Le Cherche Midi, 2014.